

Sin embargo, la actitud de Aurora la hubiera debido hacer reflexionar.

Apenas si contestaba con algunos monosílabos á las preguntas del señor Pilet que queria saber mil cosas que podían resumirse en una sola:

—¿No se consideraría dichosa pudiendo permanecer toda la vida en aquel país donde había sido llevada por casualidad?

Y con tono un tanto burlón el Notario ensalzaba las ventajas del matrimonio.

¡Es una cosa tan triste verse reducido á vegetar solo como un condenado en su celda!

¡Sobre todo para una mujer, sin padres, sin apoyo, sin ayuda y sin recursos!

Si él no hubiese pasado desde hacía ya tiempo la edad en que todo hombre razonable se casa, no dudaría en seguir otro camino muy diferente del que había seguido.

¡Las mujeres de los notarios no son desgraciadas!

¡Ni muchos menos!

No tienen que ocuparse más que de los cuidados de la casa, de sus hijos, de la mesa, cosa importante entre todas y de sus *toilettes* lo que para las jóvenes sería agradable.

—No digáis que no—afirmaba, dirigiéndose á su pupila, que no despegaba los labios.—La coquetería es casi una virtud para las mujeres... Prueba que quiere agradar á su marido.

El solo era el que hablaba.

Nunca se había mostrado tan locuaz, tan cordial, tan expansivo.

Los Chavarux se contentaban con aprobar á aquel protector providencial con algunos murmullos muy halagüeños.

El jardinero decía de cuando en cuando, con gran solicitud hacia aquella joven, que llevaba á la casa un dote milagroso de sesenta mil francos:

—¡No coméis!... ¡Bebed! ¿En qué demonio pensáis?...

Y á cada alusión del patrón, referente á aquella boda, de la cual nadie hablaba, y que estaba en todos los labios, el escribiente, colocado al lado de la que oficialmente era casi su futura, buscaba sus pies por debajo de la mesa y los espachurraba con sus anormes zapatos, como para apoyar las atenciones paternas.

En vano la joven trataba de sustraerse á aquellas pruebas de una simpatía demasiado viva.

El enamorado de la dote y de la muchacha redoblaba sus ataques con un rigor tanto más vivo cuanto que la defensa era más desesperada.

Sin embargo, no fué hasta los postres, para los cuales Chavarux había recogido las primicias de las estufas y de la huerta, cuando de repente se planteó la cuestión.

El señor Pilet fué el que se encargó de disipar las últimas dudas que Aurora hubiera podido conservar acerca de las intenciones de los Chavarux.

Habían servido un plato de fresa escogida entre la mejor, cuando el notario, con una sonrisa de circunstancias y una especie de ternura de abuelo, dijo á la joven:

—Supondréis que se trata de una petición de matrimonio, ¿verdad?

La joven se puso encarnada.

—Bernardo es un buen muchacho—conti-

nuó,—inteligente y trabajador... Irá lejos, pero no quiere seguir mi ejemplo, quiere tener una compañera.

Aurora no contestó.

Había llegado el momento crítico.

El señor Pilet tuvo quizás un escrúpulo.

Aunque tenía por Bernardo Chavarux el cariño de padre, hubiera necesitado estar ciego para no comprender la diferencia que existía entre aquella joven ideal y un rústico como el hijo de Claudia.

Una unión como aquella hubiera sido un atentado contra la belleza.

El señor Pilet, notario de Vichy, antiguo oficial de notario en Tours, en su juventud había conocido mucha gente; estaba dotado de una vista muy penetrante para no presentir la antipatía natural de aquellos dos seres tan diferentes.

Pero había resuelto triunfar, y tenía gran acopio de argumentos decisivos que se proponía plantear cuando se encontrase á solas con la joven algunos momentos después.

Aquella boda, además del placer que causaba á su antigua criada, ponía muy de acuerdo sus intereses con la tranquilidad de su conciencia para que no quisiese llevarlo á buen fin con la astucia que empleaba en todos sus negocios.

Prosiguió con hipócrita dulzura:

—No os emocionéis, querida mía; tomáos todo el tiempo que necesitéis para reflexionar, pero pensad que esta unión, al mismo tiempo que constituiría una gran ventaja para vuestro porvenir, causaría la felicidad de cuantos as aman, de las personas que os han criado y que os tratan como á su propia hija...

Hizo una pausa y añadió:

—Si dais vuestro consentimiento, lo cual no dudo, gozaríais de una tranquilidad y de un bienestar eternos... Una persona que se interesa por vos, y que os nombraré cuando estemos solos, os dará en consideración á esa boda un dote, modesto quizás, pero que muy pocas jóvenes aportan á sus maridos en este país, donde los millonarios son raros...

Y dejó caer de sus labios una á una las sílabas de la cantidad fatídica.

—Se-sen-ta-mil francos.

Los ávidos ojos de los tres Chavarux brillaron.

Tuvieron durante breves momentos el brillo de los diamantes, que son de carbono puro.

El escribiente miró de soslayo á la joven.

Claudia permaneció con la boca abierta, en una nueva explosión de alegría, aunque ya conocía á fondo la gloriosa noticia.

La joven fué únicamente la que ni pestañeó. Rígida, inmóvil, muy pálida, escuchaba al notario, que seguía diciendo:

—No podréis dudar, querida mía, del desinterés de Bernardo cuando os pidió la mano, porque en aquel momento debía creeros pobre y sin recursos, y lo sois en efecto... Es preciso que lo sepáis para evitar luego las desilusiones... Os revelaré á consecuencia de qué circunstancias este donativo será otorgado; pero únicamente en caso de matrimonio. Bernardo está decidido á trabajar con energía para asegurar vuestro bienestar... Yo le dirigiré... yo le ayudaré... y saldrá adelante, estoy seguro...

Y al ver que la joven abría la boca para pronunciar una palabra, la detuvo.

—No respondáis, os lo ruego—dijo,—aún no... Esperad... Acabemos alegremente este almuerzo, lo mismo que ha empezado... Después veremos... Deseo vuestra dicha y os la traigo.

Todo aquello estaba muy bien dicho.

Hasta se emocionó el buen hombre al pronunciar estas últimas palabras.

Claudia, para atestiguarle su agradecimiento, usó del mismo procedimiento que su hijo con su futura.

Empujó suavemente el codo á su vecino y le acarició el pie con sus zapatillas.

Quizás Chavarux, que tenía el ojo alerta, sorprendiese el movimiento; pero estaba dispuesto á perdonarla todo, y se vengaría tirando después aquellas puntadas, que él creía tan mortificantes.

En aquel momento estaba fascinado por los sesenta mil francos.

Cuando conociesen el contrato los envidiosos, se quedarían con la boca abierta.

Se sirvió el café.

Claudia misma se lo sirvió á su antiguo amo diciéndole al oído:

—Habeis hablado muy bien... Sois el rey de los hombres... ¡Ya sabeis!

Bajo las apariencias de austeridad, el señor Pilet no tenía ni escrúpulos, ni probidad, ni honor.

Se había aprovechado de todas las ocasiones que se presentan á todo el mundo mil veces en la vida, y sobre todo á los hombres de su carrera, en virtud de sus funciones, pero Claudia, por muy tosca que fuese, había sido la que mejor había sabido hacer vibrar en él las cuerdas del deseo.

Sus vicios habían contraído una unión de conveniencias.

En despecho del hielo de la edad, se sentía rejuvenecido por aquel halago con que le envolvía, su vanidad de hombre se veía acariciada, y se recordaba de esas horas que no se olvidan, pertenezca á la categoría que quiera la mujer que las proporciona.

Cuando al salir de aquel banquete campestre los convidados salieron á respirar al exterior el aire templado y lleno de olorosos perfumes de la huerta y de los parterres, cuyos mазisos estaban materialmente cuajados de flores, el notario no sentía aquel dinero.

Era quizás la primera vez de su vida que rechazaba con placer los consejos de una avaricia tan sórdida como inveterada.

Llamó á su pupila á su lado y la llevó lejos de los Chavarux, que se habían agrupado delante de la casa y se comunicaban en voz baja sus impresiones, y cuando se encontró en un rincón solitario del parque, la hizo sentar en un banco de piedra é instalándose á su lado la cogió las manos afablemente y la preguntó:

—¿Vamos, qué decides?

La joven titubeó y él insistió, diciendo:

—Vamos, sed franca... Podéis decírmelo todo.

La joven exclamó, haciendo un esfuerzo sobre sí misma:

—¡Pues bien, no!... Es imposible... No puedo.

El señor Pilet se sobresaltó ante aquella exclamación repentina.

—¿He oído mal?—preguntó.—Sepamos qué es lo que no podéis.

—Casarme con Bernardo.

—¿Por qué?

—Por antipatía—dijo tratando de sonreír.

—No me casaré con él. No y no...

—¿De modo que le odias?

—¿Odiarle yo?—preguntó extrañada.—¿Por qué razón podría odiarle? No hay más que no le quiero lo suficiente para hacer de él mi marido...

—Razonad.

—Cuanto me digais es inútil. Ya lo he hecho durante algunos días... Sé que tenéis razón, que debiera consentir; pero está muy por cima de mis fuerzas... No puedo. No puedo.

El señor Pilet frunció el entrecejo.

No era aquello lo que él se había figurado. A lo sumo, esperaba algunas objeciones fáciles de combatir. Se encontraba frente á frente de una verdadera resistencia.

Y desde el primer momento le parecía imposible de vencer.

Era preciso echar mano de los grandes recursos.

No se apuraba por eso.

No atacó al enemigo de frente.

Empezó con rodeos.

—Está muy bien—dijo tranquilamente. Os comprendo. No queréis llamaros la señora de Chavarux. Es un capricho difícil de comprender en la situación favorable en que ese joven se encuentra colocado.

—¿Pero entonces, qué va á ser de vos?

Un estremecimiento agitó el cuerpo de Aurora, pero permaneció muda.

El Sr. Pilet prosiguió:

—Una joven desgraciada que no sabe nada de su nacimiento, que no tiene nombre ni fa-

milia y quizás ni aun existencia legal. ¿Dónde habéis nacido? Ni yo mismo lo sé... ¿De qué padre? No se han dado á conocer. Los habitantes más pobres de este país, que es rudo y triste, tienen una familia, un padre, una madre... ¡Vos no tenéis nada! Si esos padres existen, os han entregado á todas las incertidumbres, entre las cuales estáis obligada á vivir... En una palabra, os abandonan. Por piedad no os he contado toda vuestra historia. Estas cosas siempre son molestas y vos no me lo habéis preguntado... Hoy es un deber para mi el decíroslo todo. Una noche, una mujer que me era completamente desconocida, llamó á mi puerta diciendo que quería verme... Era más de media noche. La recibí sin embargo. Me explicó en términos halagadores que había oído hablar de mi y que me consideraba por las referencias que tenía, como á hombre leal y con el que se podía contar. Me dijo que tenía una criatura que ocultar, que criar en secreto, una niña nacida de una falta que querían borrar para acallar el escándalo. ¿De dónde venía aquella niña? Era un misterio que no era preciso aclarar. Aquella mujer parecía muy cortés y pertenecía, sino me equivoco, á la alta burguesía. Según las instrucciones que me dió, la niña debía ser criada en una granja por humildes aldeanos; más tarde entraría en un colegio con el objeto de adquirir una instrucción suficiente para que la facilitase la entrada en una de esas carreras abiertas para todos y con las cuales se puede vivir.

«Aquella mujer, en el momento de marcharse me preguntó si consentía en velar sobre su protegida y en servirla de padrino y de tutor.

Yo se lo prometí sin gran esfuerzo.

»Después me entregó una cantidad, sobre poco más ó menos más que suficiente para cubrir los gastos, pagar vuestra estancia en casa de los aldeanos y costear vuestra educación durante un número de años y se marchó prometiéndome escribirme y darme por carta los datos convenientes para aclarar las tinieblas en que el nacimiento de mi pupila estaba envuelto.

»Cometí la tontería de creer en la seriedad de sus palabras. Llego hasta á creer que fuese sincera.

»Pero en la vida hay muchas fatalidades.

»Fuese por efecto de su voluntad ó por algún accidente imprevisto, lo cierto es que no ha querido ó no ha podido cumplir su promesa.

»Lo cierto es que desde entonces no he vuelto á oír hablar ni de ella ni de la mujer de confianza que la acompañaba, y que no ví siquiera.

»Yo conocía á los Chavarux.

»Mandé á buscarlos aquella misma noche.

»La mujer de confianza fué la que os puso entre las manos de Claudia, en cuya abnegación podía confiar.

»¿Podía yo haber elegido nada mejor?

»Gracias á mí, debíais ser criada en un sitio sano en medio de jardines y de bosques, y en el aire puro y vivificante de las montañas.

»De este modo es como llegué á ser casi vuestro tutor.

»Transcurrieron algunos días.

»Esperaba la carta prometida.

»No llegó.

»Entonces comprendí que por la primera vez de mi vida había obrado con una ligereza y una imprudencia indisculpable.

»Me había encargado, digámoslo así, de una desgraciada niña y su porvenir.

»No sabía de quién era ni de dónde venía.

»No tenía ni aun nombre.

»Porque el que lleváis os había sido dado al azar.

»Veo aún el gesto indeciso de mi desconocida cuando, á una pregunta que yo la dirigí, me contestó después de pensar un rato:

»—¿Queréis saber cómo se llama esta niña? Pues bien, Aurora... Milton... si así os agrada.»

El notario se detuvo.

Muy pálida, pero muy tranquila en apariencia, encontrando en su orgullo la fuerza para ocultar su emoción, la joven escuchaba, sin hacer un movimiento, aquella historia, de la cual había esperado una luz que no obtenía.

El señor Pilet esperaba alguna pregunta.

Aurora no pronunció una palabra.

—¿No me preguntáis—prosiguió el notario—quién era la mujer que vino á confiarme el cuidado de vuestra infancia, y casi por completo vuestro porvenir? ¿Quizás creeréis que era vuestra madre?

El anciano agitó la mano en señal de negación.

—No, no—dijo.—Era imposible. Quizás fuese vuestra abuela ó algún pariente que se había encargado de hacer desaparecer la prueba de una falta cometida por una joven, por la cual debía interesarse. Era de bastante edad, imperiosa y en apariencia de aspecto distinguido. Debía ser rica; pero me fué impo-